



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 13147

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11,25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

LUNES 11 DE SEPTIEMBRE DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Era de esperar

Al punto á que había llegado la tensión ha ocurrido lo que debía ocurrir. Estaban los nervios tan tirantes, que apenas cayeron las papeletas en las urnas salieron a escena el palo y el revolver.

Triste es que en las contiendas del derecho, que deben ser pacíficas, se llegue a actos violentos como los registrados en Madrid, Barcelona, Valencia y otras poblaciones, donde el garrotazo y el tiro han sido razones supremas; pero es más triste aún que esos argumentos censurables se empleen contra individuos de la misma familia.

En Barcelona se han apaleado los republicanos. En Valencia se han repetido las escenas a que tienen acostumbrada a España los partidos extremos. En Madrid han peleado los partidos garrotónicos con la papeleta y el garrote y en otras poblaciones de menor cuantía se han acometido democratas y liberales, como si en vez de ser amigos del Gobierno hubieran unos la misión de defenderlo y los otros la de combatirlo.

Verdad es que la política es pasión y nada apasiona como la política; pero ¿qué pensara el país al ver que los que él confunde en sus cariños y respetos se ofrecen a sus ojos acechándose para destruirse? ¿Pensara que conducta semejante está inspirada en la ambición, y en vez de sacudir la pereza cuando se le llama de nuevo a las urnas, se hará el sordo y dirá: «Para las ventajas que he de tener, no voto».

Eso es lo que hacía antes, no votar. Había perdido la fé de tal manera, que el sufragio, que tanta sangre costo el conseguirlo, llegó a considerarlo cual cosa despreciable.

Por un fenómeno muy natural, que se produce cuando le arrojan a uno en pleno rostro la responsabilidad de cualquier falta más ó menos grave; por ese fenómeno llamado vergüenza y que se ha producido oyendo a la prensa y a los oradores hacer responsable al cuerpo electoral de que no resurja de nuevo rico y floreciente el país, los ciudadanos españoles,—no de toda España, pero sí de gran parte—han vuelto a trillar el camino que conduce a las urnas, no por bien parecer, sino porque los fastos dados en la cara por los Maura, Montero, Moret, Salmerón y demás conspicuos de la política, con el tópico de que el cuerpo electoral indiferente se oponía al resurgimiento de la patria, lo habian convencido de que tenían razón.

¿Mas de qué le sirve dejar la indiferencia? ¿Qué bienes ha ganado desde que ha vuelto a frecuentar las urnas? ¿Qué ejemplo se le da? ¿Como se le estimula?

Haciéndose presenciar una pelea suicida que le enseña que la palabra patriotismo solo es buena para predicada.

¿Es patriotismo la lamentable escena que han dado ayer monárquicos y republicanos combatiendo entre sí y lo que es peor golpeándose.

Seguramente no lo es y quienes no lo practican no tienen derecho a exigirlo; mejor dicho, a acusar al cuerpo electoral como culpable de la postrocción del país.

Si hay culpa, es de todos.

LOS ELECCIONES DE AYER

Como una seda pasaron ayer las elecciones. Por la mañana todo era expectación; á la hora de los escrutinios todo dudas; á la noche tranquilidad completa.

Los coqueos se completaron á la hora que marca la ley: se hizo la votación en las ocho horas que la misma ley marca; se ver-

rificaron los escrutinios al espirar el plazo y volvió todo á la normalidad, y las urnas al Ayuntamiento, en donde han quedado de nuevo almacenadas en espera de que las vuelva á sacar en el inmediato Noviembre, para recibir en sus vientres cristianos nombres de concejales como ahora de aspirantes á diputados.

Incidentes no los hubo en gran número. Solo hubo dos que merezcan la pena de narrarse. En una sección el presidente se hizo noche llevándose la llave de la urna, pero la votación siguió presidida por el interventor de más edad. En la sección de los Puertos fué la cosa de más resonancia; cómo que hubo estrépito de vidrios que caen y se rompen. Según nos dijeron, en el momento en que el tribunal escrutador reparaba las fuerzas perididas, entró un hombre y á título de que lo que se estaba verificando era una comedia, cogió la urna y la tiró á la calle.

En los círculos oficiales nada saben de esto tal vez sea verdad y no haya pasado.

De la lucha no habíamos; los federales la prepararon bien, poniendo la elección su objeto de proclamas profundas reparadas. En una de ellas reclamaban la ayuda de todos los republicanos; pero la mayoría de estos tal vez recordó que en momentos de estos también, solicitó en varias ocasiones igual beneficio y la contestación se le daba en una hojita impresa que invariablemente aconsejaba que no se le diera.

Recordamos esto porque nos extrañó ayer que un partido que aquí ha sido potente, como el republicano, que dió al señor Pefumo más de diez mil votos en las primeras elecciones de la segunda etapa del sufragio universal, presentara en línea de combate fuerzas tan escasas. O ese partido se ha agotado ó ha ido en su inmensa mayoría al retraimiento.

¿Es lo primero? Pues no nos incumbe estudiar el fenómeno por cuanto no somos políticos. ¿Es lo segundo? Pues se ha evidenciado que la fuerza reside en los republicanos que descansan, fatigados tal vez de las pasadas luchas, de aquellas luchas á las que concurren pidiendo una ayuda que no se les dió.

Tampoco en este punto tenemos vela en el entierro; pero puestos enfrente de un caso que nos causa extrañeza le buscamos una explicación.

Y basta de elecciones

La campaña electoral en Lorca

El partido conservador lorquino ha ofrecido en estos pasados días un gran ejemplo de entusiasmo.

Sin alardes de ninguna clase, con voluntad firme, con un solo pensamiento y una sola aspiración, dispónase á la lucha electoral, para sacar triunfante de las urnas á su candidato D. Simón Mellado Benítez, siendo él el primero y más avanzado centinela para guardar y hacer guardar á todos el debido respeto á la sinceridad electoral.

El triunfo del Sr. Mellado, era indiscutible. Estaba en la conciencia general.

Al venir la retirada del Sr. Mellado, mas que pensar, más que desaliento por esa retirada, que priva al partido conservador de Lorca de la satisfacción del triunfo y que priva al país de un diputado, de un representante en Cortes conocedor de sus necesidades, interesado grandemente en poner en su remedio toda su voluntad, toda su inteligencia, todo su valimiento, aquel partido conservador experimenta y siente la honda, la íntima, la orgullosa satisfacción de contar con un jefe local, que dando tan alto ejemplo de desprendimiento, tan envidiable muestra de disciplina política, de la medida de su grandeza de espíritu y muestra tan digna y merecedora de ostentar la jefatura del mas grande, del más fuerte, del más valioso partido político de aquella localidad.

El Sr. Mellado con su retirada ha demostrado el camino de la más severa disciplina y del más desinteresado patriotismo.

El Sr. Mellado Benítez se ha visto obligado por rigurosa disciplina política á abandonar la lucha electoral, de seguro y brillante triunfo. Ha retirado su candidatura para diputado á Cortes por Lorca en plena seguridad de la victoria para facilitar así la elección en otros distritos y atender gubernamentalmente exigencias.

Ha obedecido como órdenes las indicaciones cariñosas de sus jefes Sres. Maura y Lacierva, que espontáneamente le demostraron su confianza proclamando su candidatura, nunca solicitada por él.

Sabía que su retirada había de violentar mucho á sus electores, pero se decidió sin vacilación alguna á obedecer sus jefes, confiando en el bondadoso proceder de los conservadores de Lorca que se lo han otorgado.

El ECO DE CARTAGENA que se halla unido al señor Mellado Benítez por lasos de verdaderamente sincera amistad, le dirige desde sus columnas un cariñoso saludo, y á la vez aplaude sin reserva el gran acto de desprendimiento que ha llevado á cabo.

Para la defensa de Lorca, se considerará desde hoy el señor Mellado tan obligado como si hubiera sido elegido su representante en las Cortes.

UNA ANÉCDOTA DE Martínez Campos

Para demostrar que no es cosa ignorada de nuestros caudillos la sobriedad y modestia del héroe japonés Togo, refiere un periódico esta anécdota del general Martínez Campos.

El general Martínez Campos llegó á Barcelona unos días después de la primera huelga general del 1.º de Mayo (1890.) Estaba la ciudad en estado de sitio y D. Arsenio iba á todas partes, á componer desaguisados...

Se hospedó en la Capitanía general, pero como no había llevado familia ni más servidumbre que su ordenanza íntimo, asistente, ayuda de cámara y criado, todo en una pieza, se decidió por comer en el «restaurant» Justín.

A la hora del almuerzo le acompañaban algunas visitas, obligando al general su presencia á que los convidase y como había necesidad de comer dos veces al día y algunas noches cenar, ó cuando menos tomar chocolate, los gastos del general eran exorbitantes.

La señora le había dado al salir de Madrid 9.000 reales, 450 pesos, pero las cenizas de Justín iban dando muy buena idea de ellos y el general temblaba pensando que se vería en la necesidad de decir: «no tengo dinero.»

—¡Me mata «doña Perpetua!»— decía contiendo el caso á unos amigos de los más íntimos.

Por fin una mañana se decidió á cortar por lo sano y llamó á su queridísimo asistente.

—Oye: ¿cómo te las arreglas tú para comer?

—Divinamente, mi general: me traen un cubierto de á peseta que da gloria, todavía me sobra.

—¿Y se puede comer?

—¡Que si se puede comer!—como las

tomarla en ocho días, y mi padre, impaciente por ver sus vacas curadas, tuvo la torpe idea de hacerlas tragar todo el remedio de una vez. ¡Por eso reventaron los pobres animales!

Pero de todos modos, no debía valer gran cosa esa medicina.

humanidad, dieron gritos para advertir á aquel hombre implacable que pusiese fin á sus violencias, pero la distancia impidió sin duda que fuesen oídos, y amoro y orido desaparecieron á lo lejos.

—¡Qué cosa tan horrible!—exclamó Daniel.—Seguramente me he equivocado, porque si fuere él, á pesar de su envilecimiento, hubiera oien veces preferido la muerte á tales torturas y ultrajes.

—Eso ya lo veremos,—contestó Vasseur.—¿Quién sabe hasta dónde puede rebajar la abyección á un hombre?

Siguieron adelantando hacia la aldea, y cuando iban á entrar en ella, encontraron al tío Clochard montado en su asno.

La cara triste y desenojada del labrador revelaba no estar muy satisfecho del resultado de sus gestiones.

—¿Qué tal, Clochard?—preguntó Daniel distraidamente.—¿habeis alcanzado indemnización de esos ignorante que ha ocasionado la muerte de vuestras vacas?

—¡Ahí no, mi buen señor: supone que mi padre ha tenido la culpa y que él lo probará. La medicina era



El comandante Vasseur saltó de pronto de un impetuoso salto.

—¿Queréis hablar de aquel perillán que me jugó hace tiempo tan buena pasada en la barca de Grand-maison?—exclamó.